

TRABAJOS DE LOS SOCIOS

LA HOYA AMAZÓNICA

Por: **DANIEL ORTEGA RICAURTE**

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3, Volumen III
1936*

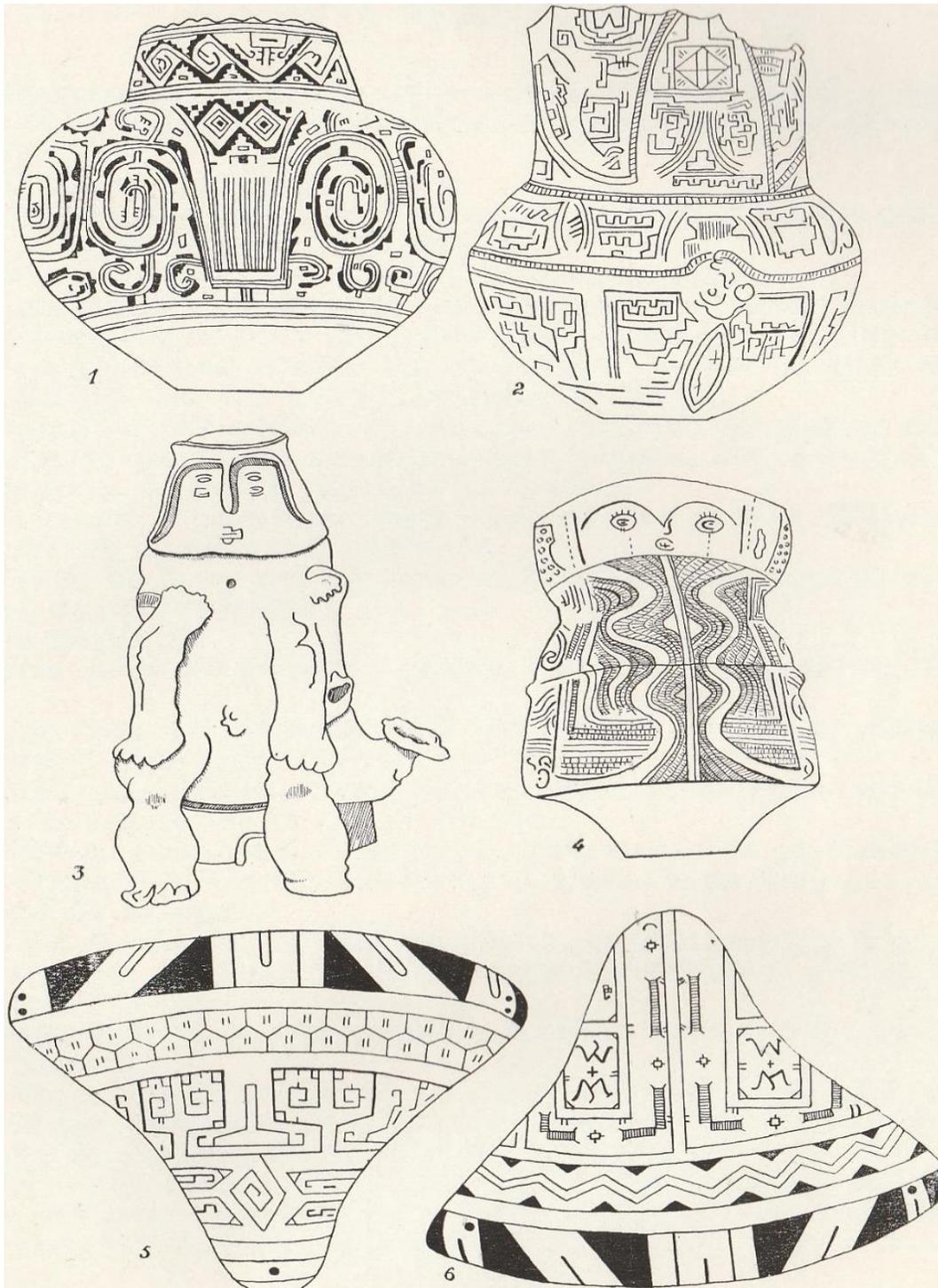
Presentamos los dibujos de algunas de las obras de cerámica más notables de las halladas en los monumentos arqueológicos de que hemos hablado¹.

En la lámina I aparecen:

1. Urna funeraria hallada en Pacoval, en la isla de Marajó; colores rojo y negro sobre fondo blanco.
2. Gran urna funeraria pintada y grabada en relieve.
3. Urna funeraria de Maracá, que representa a un joven sentado sobre un banquito; la boca de la urna está situada en el cuello del joven, cuya cabeza es la tapa. Varios orificios facilitan el paso de un hilo que liga las dos piezas. Cerámica de Marajó.
4. Urna funeraria pintada de amarillo, revestida de diseños con trazos rojos; el cuello representa una cara humana. Fue encontrada con fragmentos de huesos humanos en Cunany.
5. Interesante y caprichosa tanga usada por las mujeres de Marajó (Pacoval) de diseños muy perfectos.
6. Tanga de barro que los aruacos llamaban babal, usadas por las indias nobles de Marajó.

¹ En las tres láminas que publicamos hemos agrupado las cerámicas que nos han parecido más interesantes, copiándolas de los dibujos tomados del natural por Fernando Martínez tomados de la obra «Introdujo a Arqueología Brasileira» de Anyone Costa.

Lámina I



Obras de cerámica halladas en los monumentos arqueológicos amazónicos.

En la lámina II:

1. Urna funeraria grabada y pintada a dos colores, de la Isla de Marajó.
2. Urna funeraria encontrada en Pacoval (isla de Marajó) grabada y pintada a dos colores.
3. Gran vaso funerario, con pinturas rojas sobre fondo blanco y figuras en relieve, de la isla de Marajó.
4. Vaso en forma de pote grande; es bello, aunque un poco asimétrico. Fue hallado en Cunany con restos de huesos humanos y una pequeña porción de tierra.
5. Vaso de Cunany, de barriga cónica, perfil arqueado y adorno antropomorfo en el cuello. Contenía fragmentos de huesos y residuos cadavéricos.
6. Vaso en forma de pote grande, con relieve en el cuello. Cerámica de Cunany.
7. Vaso en forma de barreño, sin relieve, pero de bonito diseño. Las líneas serpenteadas son rojas sobre fondo blanco. Fue hallada en Cunany con tierra y fragmentos de huesos.
8. Vaso en forma de barreño, circular, pintado y adornado en relieve con dos ranas (*pererecas*) en el intervalo de una a otra se ve dos culebras. Diseño rojo. Cerámica de Cunany.

En la lámina III:

1. Vaso en forma de pote, bellamente pintado y con diseños artísticos, hallado en Cunany con pequeña cantidad de huesos en polvo, con partículas de tierra.
2. Vaso en forma de barreño, circular y relativamente liso. Su ornamentación consiste en dos figuras opuestas en relieve, semejantes a la rana (*perereca*). Cerámica de Cunany.
3. Vaso en forma de pote con asa zoomorfa, pintada de rojo sobre fondo amarillo y fino diseño en grecas; presenta adornos zoomorfos en relieve. Pertenece a la Cerámica de Cunany y contenía tierra roja mezclada con polvo y fragmentos de huesos.
4. Vaso de Cunany de forma y pintura elegante; contenía dos puñados de tierra mezclados con ceniza y fragmentos de huesos largos y una muela humana bastante gastada.
5. Pequeño vaso trabajado con esmero, de la isla de Marajó.
6. Vaso en forma de gran pote: no tiene adornos en relieve, pero su diseño es notable. La zona del fondo es roja. La parte interior de esta urna no está pintada y conserva el color natural del barro. Contenía residuos de huesos casi triturados.
7. Vaso muy bello en forma de pote alto y con una cara humana en relieve, en el cuello. Cerámica de Cunany con fragmentos de huesos humanos.
8. Vaso de Cunany en forma de sombrero, de forma circular en la base y oval en la boca. Es uno de los vasos más raros por su forma e interesante bajo el punto de vista arqueológico, pues es único en la cerámica suramericana. Las asas, que parecían representar un animal, estaban rotas; en la boca tiene una ancha estría roja. Contenía fragmentos de húmeros y fémures, quebrados a la fuerza.
9. Vaso grabado con adornos que imitan el tejido de un cesto, encontrado en la isla de Marajó.

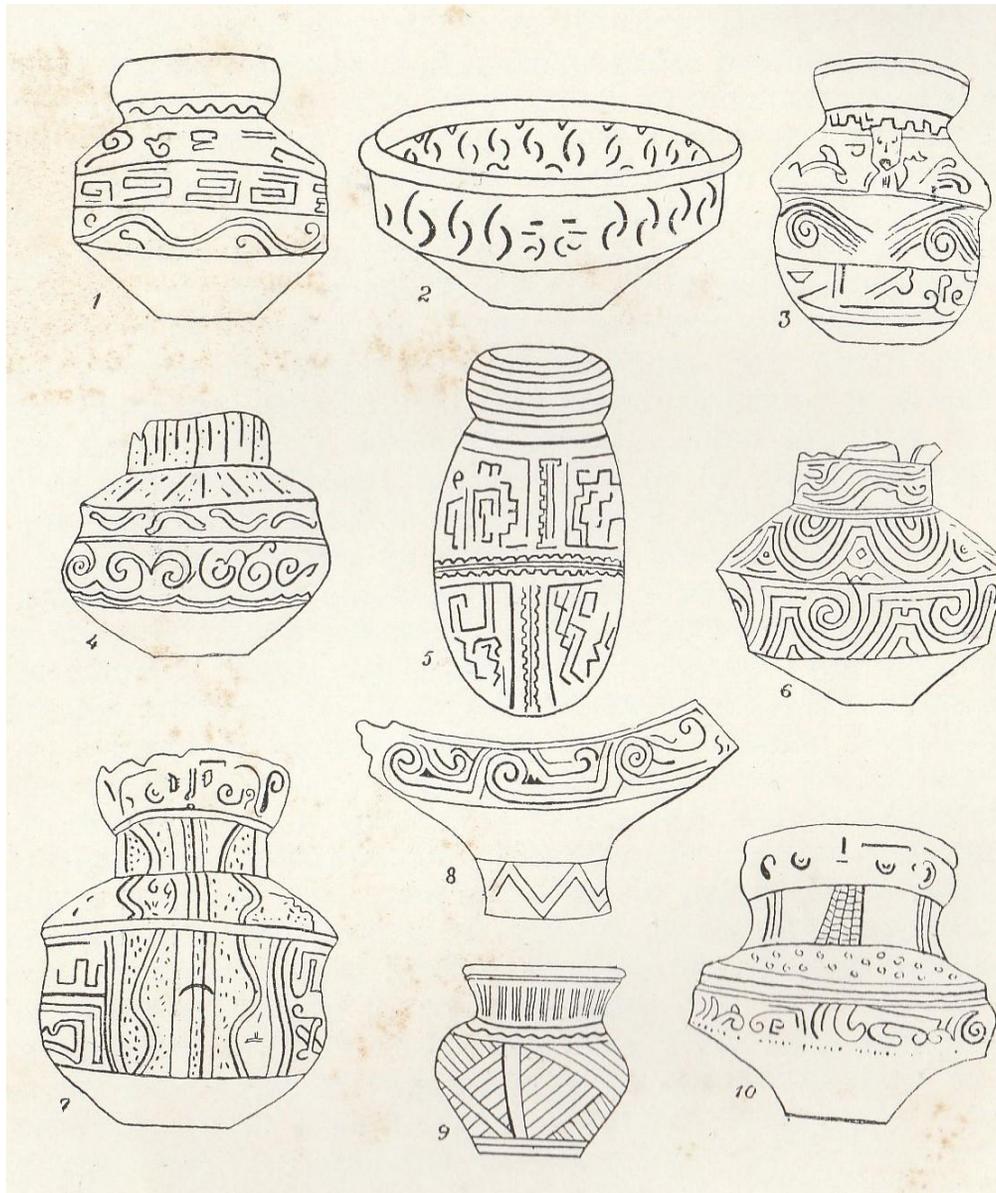
10. Vaso en forma de pote hallado en Cunany con fragmentos de huesos humanos, mezclados con pequeña cantidad de tierra. En el cuello tenía una cara humana.

Lámina II



Obras de cerámica halladas en los monumentos arqueológicos amazónicos

Lámina III



Obras de cerámica halladas en los monumentos arqueológicos amazónicos

Flora

La geografía describe la tierra, que es un receptáculo de la vida y que por lo tanto vive; por eso, en esta ciencia debe estudiarse la naturaleza, es decir, la flora y la fauna de los territorios que se contemplan. De ahí que, aunque ignorantes en Botánica y en Zoología, no podamos prescindir de dedicar un capítulo a la flora y fauna amazónicas, consideradas más desde el punto de vista descriptivos que desde el científico.

La gran variedad de especies botánicas y zoológicas daría margen para más de un libro, pero sólo nos referimos a aquellas especies importantes que son características de esta enorme hoya tropical y de ellas las más generales, pues nos proponemos hablar de otras especies en cada uno de los capítulos dedicados a la descripción de las varias regiones bañadas por el Amazonas y sus afluentes.

Nos veremos precisados en muchos casos, al nombrar una planta o un animal, a darles su denominación regional o indígena, ya que desconocemos su clasificación científica.

El reino vegetal es el único que conserva las especies monstruosas de su vida prehistórica y parece vanagloriarse de mostrarnos todavía en la zona ecuatorial la deslumbrante imponente de sus selvas primitivas

El clima húmedo y caliente, con débiles oscilaciones, la riqueza de los aluviones depositados en el río y el humus fertilizante, son tres elementos favorables a la exuberancia sin igual y a la pujanza esplendorosa que caracterizan la vegetación de la hoya amazónica.

Todo ese macrobio vegetal reposa en el correctivo que las grandes masas de agua imprimen a la demasiada energía solar. Cuando el calor tiende a hacer más intensos los trabajos de asimilación, la humedad de la tierra, siempre cargada de humus, viene a refrescar esos excesos e impedir la extenuación de las células, con lo que se establece una imperturbable estabilidad entre la marcha apresurada hacia la vida y el vertiginoso retroceso hacia la muerte; y esta armonía, que nunca siente la decadencia de un otoño que amarillee sus follajes, alegra la vida de los vegetales, les mantiene el vigor de un colorido siempre nuevo y brillante, sin desmayar en la tonalidad uniforme de las tintas, ni perder la menor partícula de lozanía.

Ni en la época del florecimiento, como una previa y natural reserva para la alimentación de los frutos, los árboles amazónicos se despojan de su abundante follaje; sólo una que otra especie suelta rápidamente todas sus hojas, mientras las más cambian por flores su túnica esmeraldina; entonces unas y otras ostentan, en la tristeza del bosque, la alegría pasajera de sus floraciones; aquéllas proyectando e la espesura los ramilletes de oro pálido y éstas abriendo los capullos de floriforme pedrería.

Por ese poder fecundo del suelo, todo allí brota, crece y se multiplica, como si la naturaleza congregada en un solo milagro obrase continuamente en la dinámica de su metamorfismo, la variedad infinita de las especies.

A esos dos factores, el clima ecuatorial y el suelo, hay que añadir para explicarse mejor aquella fuerza fecundante del Amazonas, los físico-biológicos que demuestran la aptitud de los organismos vivos para el fenómeno de la reproducción; factores exógenos que se congregan para un efecto único, profundo y admirable: la germinación, la florescencia y la fructificación vegetativas. Del fortísimo calor solar que obra como un poderoso estimulante unido a la combinación físico-química del terreno, surge esa vegetación colosal y secular, densa y opulentamente variada.

La *Hylea* de Drude² y de Humboldt, o el dominio de las Náyades de Martius, está constituida por la selva virgen que cubre la planicie del valle del Amazonas y sus tributarios. En la selva amazónica pueden distinguirse las formaciones peculiares vegetales ribereñas de los ríos y las del centro de la planicie, las cuales se diferencian tanto por las distintas especies de árboles, como por el ramaje y la corteza de los mismos. En las planicies sujetas a inundaciones periódicas, que mantienen sumergido el suelo durante vario meses del año, la floresta se caracteriza por su verde claro, por la talla regular de sus plantas de tronco desnudo hasta cierta altura y porque sus especies crecen rápidamente, aunque tienen menor resistencia y duración más corta. Su sistema fibroso es menos compacto y, por lo tanto, no es la zona donde se buscan las más estimadas maderas de construcción. Allí ostenta su belleza el mitológico mirto y se alza hasta 30 metros de altura el albaricoque salvaje (*couropita guianensis*) cuyas flores y frutos aparecen, no en las ramas tiernas, sino en la parte leñosa del tronco, lo que ha llamado la atención de los botánicos; dominan innumerables especies de gutíferas, meliáceas, bombacáceas, mimosas, cinchoneas y anonáceas, pero el principal encanto de estos bosques lo constituyen las palmeras de numerosos géneros, cuyos troncos se levantan airosos como columnas a través del espeso follaje, desparramando sus penachos por encima de las copas de los demás árboles. Pero carecen estos bosques de los adornos de las vegetaciones epífitas (!) y las lianas leñosas están reemplazadas por trepadoras de madera blanda y hojas acorazonadas que se arrollan alrededor de los troncos. Al borde de las aguas de estas tierras cenagosas crece una exuberante vegetación de sorprendentes plantas, como aráceas y otras monocotiledóneas de grandes hojas, y las orillas de los ríos y de sus islas están orladas por el sauce americano, por escitamíneas de alta talla, por las diferentes especies — de bellas hojas y flores multicolores — de aráceas, por bambúes y cañas de 5 a 7 metros de altura y por montricordias de bastante altura y troncos apretados que impiden el acceso a la selva desde la orilla. Por último, abundan en estas riberas las ambaibas, comúnmente llamadas «candelabros de brazos» por tener las ramas situadas a la misma altura sobre el tronco: son árboles muy altos, de muchas aplicaciones, pues con su jugo lechoso se prepara una de las variedades del caucho, al mismo tiempo que tiene valor medicinal, su corteza sirve para curtir, con sus fibras se fabrican cuerdas, su fruto es comestible, de sabor agradable y es alimento importante de muchos animales salvajes; su tronco es hueco y por lo general está siempre lleno de hormigas y sirve a los indígenas para encender fuego, practicando en él un hoyo y frotando rápidamente con un fragmento de madera seca; estos troncos también los suelen utilizarlos brasileños para conducir agua.

Y aunque es planta común en muchas de nuestras tierras cálidas, también debemos mencionar, por su abundancia y por las grandes dimensiones que alcanza, el guarumo (*cecropia peltata*) que en el alto Amazonas se llama cético y en el Brasil embaúba.

Estas son las zonas que los indígenas llamaban *Caá-Igapó*, es decir, bosque sumergido. Y al

² El botánico alemán Oscar Drude dio la denominación de *Hylea* a la región fitogeográfica de bosques del Amazonas y del Orinoco, aunque estas dos zonas presentan caracteres que las distinguen.

descender las aguas, las playas se visten de gramíneas y de pequeña vegetación arborescente.

En los terrenos más elevados de esta región, donde el suelo no sufre inundaciones periódicas, la vegetación también es característica y forma el bosque virgen por excelencia, que los indígenas llamaron *Caá-guazú* (el gran bosque); se distingue porque sus grandes florestas son más bajas, el arbolado más regular, más brillante, de un verde oscuro y, sobre todo, más rico en epífitas.

Es lo eternamente verde: miles de árboles diferentes tejen sus ramas y mezclan sus copas; sobre la lustrosa capirona súbese la planta trepadora, las palmeras se yerguen delgadas y enhiestas, los corpulentos cedros sobresalen entre los plumeros de innumerables oiranas y el árbol del pan cimbra sus anchas hojas cual abanicos picados.

Aquí dominan las lauráceas, que alcanzan 60 y 65 metros de altura y se destacan gigantes palmeras rebasando por sobre las copas de seculares ceibas y corpulentos robledales, a cuyos airosos troncos centenarios se ciñen, como tentáculos de un pulpo monstruo, un enmarañamiento de bejucos, de lianas recubiertas de flores de brillantísimos colores, de orquídeas y de parásitas, por donde el sol pugna por filtrar sus destellos. Al tiempo que el suelo, en el que la vegetación de las lianas y raíces no permiten crecer la hierba, se ve tapizado de helechos, aráceas, escitomias y de los yarinales empalmados que florecen en racimos de rico marfil vegetal, o tagua.

Las familias dominantes en esta región, son: la bombaxa, de la que se extrae la paja de sombreros suazas; la castaña, de la que hablaremos después más detenidamente, las sapotáceas, las aristoloqueas de extrañas flores, las mimoseas, la hermosa «flor del aire» que cubre los árboles y las lianas con sus ramificaciones y hojas que ofrecen el aspecto de ciertos líquenes, la gran variedad de palmeras extendidas en espesas filas, entre las que sobresalen por su importancia: el almendrón y la piazaba que suministra una fibra resistente muy empleada para la fabricación de cables, de cepillos y de escobas y cuyas hojas se usan para cubiertas de casas; de su semilla se extrae un aceite semejante al de coco y sus huesos, muy duros, se emplean en tornería para fabricar muchos utensilios en Europa, a donde se exportan muchas toneladas anuales.

A la selva cerrada que reviste las islas y las fajas marginales de todos los ríos, sigue la vegetación de los grandes bosques de las tierras centrales, como si se sintiesen temerosos del agua traicionera del Amazonas, con sus opulentos troncos y palmeras de hojas de reverso de plata; allí no hay arbustos ni bejucales enmarañados y su suelo aparece casi limpio de hojas secas, pues la longevidad que sustenta esas vegetaciones, explica la ausencia de follajes podridos en la mayor parte del suelo amazónico; selva toda igual, toda enmarañada y tupida y tan compacta, que semeja la continuidad infinita de un túnel, abovedado de hojas y cubierto de sombras, donde olvida quien lo penetra, que arriba hay un cielo que da luz y vida a la naturaleza.

De igual manera, en las regiones de los ríos tributarios, la floresta difiere de las del gran río; estas variaciones se explican por el proceso de aluvión que determina en las orillas la creciente de las aguas, cargadas de sedimentos de variada composición.

Así, pues, la topografía del territorio puede reconocerse por su vegetación. Quien vive en el valle amazónico, adaptado por selección natural o identificado con el ambiente por afinidades de nativo, aprende en el contacto diario con el reino vegetal, a definir la tierra por la selva y no necesita desnudar el suelo para saber a qué capa se clavan las raíces de los árboles. Observa en los anegadizos, en las tierras firmes, en los valles, en la vera de los lagos y en la orla de los ríos, la calidad de planta que allí crece y se acostumbra a descifrar en los mapas verdes de las orillas, la topografía variada de las islas, de los istmos, de las penínsulas, del continente. Cada arbusto y cada tronco, cada liana y cada parásita, en el plano topográfico de su recuerdo, cuenta la historia del grano de arena y del sedimento, del plasma aluvial y del bloque de piedra. Reúne así, en la memoria, los individuos y las familias, de acuerdo con el suelo en que florecen. El recuerdo de los aspectos telúricos se asocia a los de la selva y de la planta, y como improvisado aparato registrador, transmite desde sus raíces, por los signos trazados en sus troncos y en sus hojas, en sus ramos y en sus retoños, la ondulación del terreno, su conformación y su edad.

Ya vimos al hablar de la geología, el nomadismo de la tierra, que emigra en las aguas por procesos de dinámica hidrográfica y el conocedor de esas selvas fija en su mente las áreas que recorre, por los árboles que ve y la geografía que se graba en su recuerdo es la geografía botánica. La vegetación le enseña también el género de sus aguas, esparcidas en anegadizos en los pantanos, en sábanas en las lagunas, en caudales en los cursos de los ríos, en caminos en las quebradas. Describe el suelo por sus vegetales y navega guiado por el hilo esmeraldino de las orillas como el nauta antiguo se orientaba por las estrellas del horizonte. La floresta densa con sus cortinajes de verdura, la arboleda con sus agrupaciones y la grama que se extiende, además de otros motivos de la selva maravillosa, que van desde las castañas altaneras hasta las plantas pigmeas y rastreras revelan a los ojos de los conocedores la estructura de la tierra.

Lo mismo la planta acuática, de los fangales sombríos o de las corrientes golpeadas por la luz, de los pantanos solitarios o los arroyos poblados, de las ciénagas putrefactas o de las bahías iluminadas, denuncian la profundidad, el sabor, la densidad, la fauna y el color de las masas líquidas. Así, el negativo sentado en la proa de su piragua, rodeado de ninfas o de gramíneas, de lotos o de juncos, de huamas o de muris que semejan grandes cañaverales extendidos indefinidamente como un manto rubio de hojas tiernas, sabe el fondo en que navega, el pez que va a encontrar, la serpiente que lo va a atacar: se lo advierte la flora circundante, esa asombrosa vegetación de las plantas acuáticas que traen el cambiante de sus tintas y la variadísima estilización de sus follajes, para completar el acabado artístico de esos transparentes castillos de ópalo diluido; donde revientan en el fondo de las aguas los bulbos de los murures extendidos en un compacto tejido de hojas, se hacen más densos los flotantes doseles de las periantanas que dan sombra a las finas e invisibles uyaras y por la entrada de las cuevas misteriosas que forma esta flora, en los arcanos inviolables, la vegetación capilar de las algas va suspendiendo las cortinas de sus verdes encajes. Y esta misma flora le sirve al navegante de sonda para su canoa: en vez de sumergir el plomo en el líquido, sumerge la vista en la vegetación. Los tallos desprendidos, los troncos descuajados, las ramas adheridas al barranco, las hojas caídas, le enseñan la creciente, la vaciante, el repiquete o la inundación y por la clorofila de las hojas, por la corteza de los palos y por la caída de los frutos, conoce las estaciones y prevé el clima.

Por eso dice Raymundo de Moraes que la ciencia de Hartt en el estudio geológico, se transmite por la ciencia de Martius en el estudio botánico.

Pero no obstante tratarse de un valle muy extenso, poco se definen, a simple vista, las provincias geográficas de los vegetales, salvo raras excepciones; son cosmopolitas de toda la cuenca y la mayor parte de las especies viven perfectamente en ambas clases de tierras.

La hoya del río Amazonas encierra la mayor reserva forestal del mundo, tanto por la considerable variedad de especies, las grandes dimensiones de algunos árboles y la rareza de otros, como por su opulencia, por la hermosura de sus flores y de su follaje frondoso y perenne. Todos los grandes naturalistas que han visitado estas tierras bañadas por el Río Mar (Humboldt, Martius, Rodríguez Ferreira, Spruce, Huber, Goeldi, etc.) han encontrado en ellas inagotable material para sus estudios y clasificaciones nuevas.

Desde las hierbas adherentes al suelo hasta la gigantesca palmera, desde las más tímidas matas hasta los árboles más esbeltos, todo en esta región está esparcido en una prodigalidad admirable.

La flora amazónica posee, según Alencar Fernández, «más de 300.000 especies diversas, que conforme a la botánica deben ser clasificadas en clases, familias y géneros».

Las variedades de maderas para construcción y para carpintería, de plantas medicinales, textiles, tintóreas, oleaginosas, gomíferas y de ornato y otras de aplicación industrial, son verdaderos tesoros de valor incalculable, útiles unas por sus esencias o por su corteza, otras por sus frutos o por sus hojas y muchas por sus raíces.

El doctor Huber declara que el número de plantas vasculares actualmente conocidas en la región amazónica puede ser computado en 10,000 y agrega: «pero es posible que él se duplique con una exploración más completa. Nuestra selva ecuatorial es un mundo por sí, cuya organización y vida íntima sólo por diversas generaciones de investigadores podrá ser descubierta. La vida de un hombre no alcanzaría para tener idea exacta de la composición de un kilómetro cuadrado de selva virgen, cuanto menos de un área de más de tres millones de veces mayor».

Los vegetales constituyen el bello ornamento, el rico atavío de la cuenca del Río Mar, al mismo tiempo que son la base de alimentación de todos los indios y animales de sus selvas.

Tanto en los valles como en las sierras, la vegetación alta y seculares variada y rica, en una uniformidad singular de las selvas vírgenes. Uniformidad que se debe al viento que sopla constantemente por las florestas y agita las frondas de los árboles, como agente mecánico diseminador de la vida vegetal que dispersa las simientes en todas direcciones, con su hálito blando, como un largo y tierno gemir de brisas que sollozan.

El exceso de humedad y la misma constitución del suelo de que hemos hablado, hacen que las raíces de cualquier vegetal del inmenso valle nunca profundicen mucho; más crecen en una corpulencia de gigantes y adquieren una grandeza de tamaño, que no se encuentra en ninguna otra parte del mundo. El agua, como vehículo portador de sustancias, influye

poderosamente como alimento y aliado con el agente térmico modificador de la fuerza calorífica que se encuentra en el suelo, ofreciendo así una temperatura regular, hace que la flora amazónica, tan bella y rica como variada, viva siempre entre frutos de una madurez llena de hidratos de carbono y en medio de flores brillantes y aromáticas, rojas y verdes, amarillas y violetas, blancas y doradas, como un velo fantástico recamado de pétalos que cubre el dilatado bosque amazónico.

En todas las épocas del año, los vegetales están florecidos y con ramas cubiertas de verdes retoños, desde los pequeños a los grandes árboles, embriagados todos por el poder de su savia que les alegra la vida. De modo que en el Amazonas el reino vegetal vive en un reventar perenne de capullos que se abren sobre un manto verde oscuro formado por hojas cuyo rápido desarrollo le da un aspecto de encanto y de rejuvenecimiento, como si toda la montaña en una animación de fiesta y engalanada de flores, transpirase la alegría divina de su propio culto.

Antes de entrar a enumerar las especies vegetales, digamos algo de lo que es la infinita selva amazónica que se extiende a la vista admirada del viajero en un inmenso mundo de verdura, donde la naturaleza ofrece siempre el mismo aspecto de grandeza y de asombro, de belleza sin par, que ni el genio ni el arte serían capaces de imitar.

Para comenzar esta descripción, copiamos la bella página literaria del poeta Rivera en «La Vorágine», pues, aunque es universalmente conocida, sus palabras serán la mejor oración a la floresta virgen:

Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? ¡Los pabellones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que solo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos...!

Tú eres la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles imponentes, contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturos. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no se traiciona nunca. El abrazo que no pueden darse tus ramazones lo llevan las enredaderas y los bejucos, y eres solidaria hasta en el dolor de la hoja que cae. Tus multisonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes apresuran sus gestaciones. Tú tienes la adustez de la fuerza cósmica y encarnas un misterio de la creación...

Arboles deformes sufren el cautiverio de las enredaderas advenedizas, que a grandes trechos los ayuntan con las palmeras y se descuelgan en curva elástica, semejantes a redes mal extendidas, que a fuerza de almacenar en años enteros hojarascas, chamizas, frutas, se desfondan como un saco de podredumbre, vaciando en la yerba reptiles ciegos, salamandras mohosas, arañas peludas.



Árbol con lianas y orquídeas.

Por doquiera el bejuco de "matapalo" (rastrero pulpo de las florestas) pega sus tentáculos a los troncos, acogotándolos y retorciéndolos, para injertárselos y transfundírselos en metempsicosis dolorosos; vomitan los "bachaqueros" sus trillones de hormigas devastadoras que recortan el monto de la montaña y por anchas veredas regresan al túnel, como abanderadas del exterminio, con sus gallardetes de hojas y de frutas. El comején enferma los árboles, cual galopante sífilis que solapa su lepra suplicatoria, mientras va carcomiéndoles los tejidos y pulverizándoles la corteza, hasta derrocarlos, súbitamente, con su pesadumbre de ramazones vivas.

Entre tanto, la tierra cumple las renovaciones sucesivas: al pie del coloso que se derrumba, el germen que brota; en medio de los miasmas, el polen que vuela; y por todas partes, el hálito del fermento, los vapores calientes de la penumbra, el sopor de la muerte, el marasmo de la procreación».

En la Amazonia, como en ninguna otra parte del mundo, la floresta virgen ostenta, con ruidoso orgullo, su inmensurable grandeza. Y quien quiera que sea, de ánimo atrevido y que nunca haya retrocedido ante los mayores peligros de la vida, se sentirá allí vencido ante el majestuoso poderlo de aquellas impasibles dominadoras de las tierras ecuatoriales. El propio hijo de aquellas tierras selvosas acostumbrado a reverenciar con mirada de religioso asombro la grandeza de los cedros y la imponencia de las palmeras, experimenta una medrosa conmoción cuando el viento, como un furioso organista, revuelve aquel mar de pesadas ramazones y entrechocando todos los tiernos gajos, arranca las rústicas sinfonías de sus partituras panteistas.

Se desarrolla la floresta toda, como la humanidad, en sucesivos patriarcados de árboles de la misma especie y holgadas repúblicas de individuos diferentes, donde el derecho a la existencia es un combate sin tregua de fuerzas desiguales. Como soberana, la "sumaumeira" que por sus dimensiones colosales merece el nombre de basbab amazonense y cuya copa desmedida, gigantesco quitasol, jalonea las distancias y quiebra la uniformidad angustiosa de los frisos infinitos. Luego el cedro y la castaña, en el dilatado alargamiento de sus brazos, protegen como jefes incalificables familias de árboles menores y arbustos, en compañía de hidalgas y fructíferas palmeras; pertenecen los primeros a la plutocracia de los soberanos de la selva, que con desarreglada impaciencia refuerzan los gruesos pilares de sus corpulentos troncos, dominados por el deseo de vencer y avasallar toda la floresta circunvecina. Entre los otros árboles que quedaron subyugados y el grupo feliz de los que son protegidos contra la violencia de los vientos, se ostentan, por todas partes, esos arrogantes dominadores que alardean de una excesiva vitalidad y cuyo extendido follaje asfixió centenares de vegetales menores, interceptándoles el oxígeno y la luz.

Es el derecho de conquista ejercitado en la más desenfrenada expansión dominadora.

Mas no siempre la fuerza tiene allí la plenitud de una consagración definitiva. Los árboles que quedan empequeñecidos, a falta del oro volatilizado de los rayos solares, procura a su vez vencer todos los obstáculos, se alarga hacia lo alto en busca de respiración en la quemante superficie; se cuelan los afinados tallos por entre el ramaje de los potentados, complicándoles la trama de sus densas ramazones, y siempre ansiosos de vida, para donde quiera que hay una claridad de un pedazo de cielo, hacia allí estiran sus brazos

encorvándolos y guían sus nuevos retoños, con el esfuerzo inaudito de la serpiente que vence los bordes de un lago, hasta asomar también en la superficie de las ondas de verdura, para desatar los penachos palpitantes de sus verdes copas inalterables.

Los selváticos conquistadores sufren entonces la injuria de esa primera derrota.

El verdadero ataque, sin embargo, se lo prepara la familia entera de las parásitas vegetales, aliada a los cordones de los largos cactus resistentes. Levantase entonces del suelo el ejército de las trepadoras, que se enroscan en todos los retoños, dirige sus tentáculos hacia los potentados, apodéranse de los troncos, los envuelven y los cubren ahogando los gajos en la constricción de repetidas vueltas estranguladoras; y trazan otros tantos lazos hasta alcanzar los últimos ramos. Todo ese tejido de bejucos se cubre luego de innumerables brotes que lanzan hacia la tierra una lluvia de frescos hilos que descienden impacientes en busca de nuevas raigambres.

Al mismo tiempo, por el cuerpo de los altaneros árboles robustos, corre un tejido caprichoso de falsas raíces adherentes, de cuyas mallas brota un nuevo follaje adventicio: son las parásitas que se multiplican por todos los gajos de los señores de la floresta, los que tienen que alimentar ahora esos huéspedes insaciables. Y los monarcas de la montaña abdican de sus coronas, aniquilados por esa odiosa conspiración.

Las epífitas, diseminadas en múltiples variedades de caprichosas orquídeas, difieren, por su autonomía, de las famosas fisalias vegetales. Son plantas que no sacrifican los recursos ya almacenados de la economía ajena, ni van a la tierra a abrir competencia con sus vecinos: piden apenas un arrimo para su reducida carga de bulbos, un poco de humedad y la débil luz colada por el verde filtro de las ramas. Toman del aire los principios fecundantes que evapora la tierra y de esos fluidos vitales, ya purificados, absorben las materias impalpables que van a formar la purísima esencia de sus flores, en las cuales la naturaleza imprime los destellos de su fantasía creadora, ya en forma y colorido, ya en las sutilezas con que destila sus finísimos perfumes.

Entonces, en la penumbra oscura de los más taciturnos recantos forestales, las catheyas abren doloridas estrellas rojas y las «albas brasiliensis» desatan el raso virginal de sus delicados pétalos, impregnados de una suave esencia. Así se arrastra por toda esa incomparable planicie verde el poder indescriptible de la vigorosa vida vegetativa.

Hemos tratado de dar una idea a nuestros lectores de cómo es la selva amazónica, aunque las palabras son impotentes para pintar ese sublime cuadro, lleno de toques de luz y colorido, pero es necesario conocer mejor algunas de las especies que caracterizan esa flora inmensa y única en el mundo. Cuando en nuestro estudio volvamos a internarnos en las intrincadas florestas, consideraremos otro de sus aspectos interesantes: el ruido de la selva.

Ya dijimos algo, en la primera parte de esta monografía, sobre la flora especial de la cordillera andina y de los ríos que de ella descienden a formar el Amazonas, datos que es necesario complementar en este capítulo.

En la parte andina dominan las quinas (chinchona)³, que aparecen de los 2.000 metros de altura para abajo: es la misma interesante planta que encontraron nuestros conquistadores a su llegada a América, llamada por los naturales «casarilla» sobre la cual se ha escrito tanto; la vainilla (*epidendrum odoratissimum*) de tantas aplicaciones industriales y que se ve en abundancia, trepada sobre la copa de los árboles, en la vertiente oriental de los Andes. Como plantas curiosas debemos citar: el sanango, arbusto del que hacen los indios una preparación que toman observando cierto régimen de dieta, con lo que consiguen un vigor muscular extraordinario que les permite hacer largas jornadas con grandes pesos a la espalda; la *abuta*, es una penca parecida al higo (tuna) pero sin espinas, que en infusión de aguardiente y tomada en pequeñas dosis varias veces al día, aclara rápidamente la vista; el *renaco*, árbol cuya raíz cortada en pequeños trozos y en infusión hace desaparecer las paperas o coto. Además de éstas, hay una variedad casi infinita de plantas y yerbas a todas las cuales les conocen los nativos y los indígenas alguna o algunas propiedades medicinales y las hay de éxitos asombrosos; citaremos algunas de las que tomamos nota personalmente, con sus nombres locales, pues ignoramos su clasificación científica y de paso anotaremos la aplicación que les dan en la región; la *simarruga* o *carapano*, contra la disentería; la contrayerba, antídoto muy eficaz contra todo veneno vegetal; el *para-cari* y el guaco contra las mordeduras de víboras y animales ponzoñosos; el *chopumbillo*, contra la tos ferina; el nudillo o *caballo-chupa*, contra la tisis pulmonar; el *calambre-sacha*, alivia los calambres aplicando la hoja caliente; el *malva-visco*, contra los resfriados: el *matico* o *cordoncillo*, lo mismo que la *jumaría*, empleados para las úlceras cancerosas y enfermedades venéreas; la lechuza o *chusic-sacha*, que cura las úlceras; la *aravisca*, veneno activísimo; el sen y la *jalapa*, purgantes; el *parinari*, astringente contra las disenterías y con cuya semilla se fabrica un barniz charol para los muebles; la *llangua*, medicinal y tinte; el *mataro*, para las erupciones de la piel; la *sucuba*, cuya leche es purgante; la *retama* o *aya-poroto*, contra la detención de orina; la guasca, para la jaqueca; la *chunjía*, cuya corteza es purgante muy activo y en mayor dosis produce la muerte con la corrosión de los intestinos; el sanango-frío, produce una fiebre que los indios llaman «*chirlaango*»; el *sillinto*, contra el gálico y contra las erupciones intercutáneas; el *purgauasca*, purgante muy fuerte que en dosis elevada produce la locura del paciente; el *yahuar piripire* contra la disentería; el *machacuy* guasca, antídoto contra las culebras y que tiene además la propiedad de que mascando de este vegetal y untándose los pies y las manos con él, puede entrarse al bosque sin ser mordido por las víboras; los indios creen que esta planta inspira el amor hacia la persona que la propina; el *nudillo*, *bejuco* que los indios aplican para dar fuerza al soplo de los tiradores con cerbatana; la guayusa, estomacal y antibiliosa; la *zarzaparrilla*, muy abundante constituye una importante rama del comercio de exportación en toda la cuenca del Amazonas, por lo cual va haciéndose ya escasa en las orillas del gran río; el *chuchuguachi*, tónico y *antifebrífugo*; la *renacuilla*, la *niño-caspi*, la *yacu-sisa*, cuyas flores son de un aroma particular.

Mas para no hacer muy pesada esta enumeración, la completaremos en otro capítulo al

³ El Conde de Chinchón, Virrey del Perú, curó a su mujer de fiebres tercianas con la corteza de este árbol, que por un tiempo se llamó «polvos de los jesuitas» y al que después llamó Linneo Cinchona o Chinchona.

hablar de los tributarios de la margen izquierda del alto Amazonas.

Además, abundan otras especies más conocidas que las anteriores, que apenas mencionaremos, como el saúco, la hoja de Santamaría, el limón, la lima agria y dulce, el ciruelo agrio, piñones, higuera palma-cristi, amasisa para la erisipela y el dolor de ojos, bencenucuy, algarrobo, naranjos, indano, aguacate cuya semilla usan los indios para curar la mordedura de víbora; sangre de drago, contra las hemorragias, y como colorante en la fabricación de barnices; caraña, helecho macho contra la tenia, foloque para el mal de san Vito, llausa-quiromestático, y mil más que han estudiado los naturalistas que han recorrido esas regiones.

Muchas de estas especies se dan también en la parte baja de los ríos afluentes, pero allí sobresalen: el *alfaro*, muy abundante, segrega una leche amarillenta cristalina que se usa como alumbrado por arder como el alcanfor y su madera es muy estimada por su duración; se diferencia del *alfaro* amarillo en que éste sólo se encuentra a los 1.500 metros de altura y no da leche, pero al día siguiente de cortado, aparece en la superficie un polvo muy fino de color de azufre que pega como la pez. La famosa ratania de hermosas flores purpúreas y hojas plateadas llamadas por los indios pamachucú, antes de la llegada de los españoles, y que usaban las mujeres para conservar la dentadura y también para contener los flujos sanguíneos, aplicaciones que hoy se han hecho mundiales; el *maguey*, *pita* o *agave*, cuyas hojas hasta de 3 metros de longitud y 20 centímetros de anchura, son acanaladas y dan una fibra muy fina que hoy tiene innumerables aplicaciones; el chusque o carrizo tan conocido en toda la cordillera andina; la chonta, palma que conserva su nombre quechua, de madera muy dura aunque astillosa y que los indígenas usan para sus flechas; las varias especies de anonas, entre las que sobresale la exquisita chirimoya, la cual también se produce en el bajo Amazonas, pero allí con la particularidad de que siendo del mismo género botánico y de aspecto idéntico, su olor es nauseabundo y produce cólicos a quien la come, y sólo se emplea para matar insectos. Además crecen allí los anfilofios; las barnadesias, arbustos espinosos con flores rosáceas o purpúreas; bellísimas y muy variadas especies de begonias, de flores blancas y de distintos tonos de rojo y de las cuales se cuentan hasta 400 especies diferentes; acunas o bajarías descubiertas en 1794 por los botánicos Ruiz y Pavón; la achira, planta herbácea que los indígenas usan machacada para el tratamiento de las heridas y hernias recientes; la dodónea, arbusto cuya madera se usa para empalizadas; la medicinal salvia; de la infinidad de especies de helechos arborescentes han contado los botánicos varios miles en esta región, algunos de altos troncos de varios metros, coronados por penachos de hojas gigantes; heliconias chinchangos, *baccharis genistelloides*, *hipomeas* de flores azules y el famoso palo Brasil usado para teñir de rojo; bellas y variadas fucsias, la conocida ortiga; la *werneria gigantea*, hallada por Humboldt y Bonpland; inmensa variedad de laureáceas; la clusia, o ficus, que es un epífita de grandes dimensiones llamada por los brasileños «cebolla brava», cuando están en pleno desarrollo se relacionan con el suelo por poderosas raíces que más tarde se convierten en aspecto y en función en verdaderos troncos; por circunstancias especiales biológicas, dignas de atención y de estudio, ese tronco crece a la inversa de los otros, es decir, de encima para abajo: comienza por raíz y se vuelve tronco. La clusia, pues, es epífita al comienzo de su vida, comensal en seguida y luego se hace independiente; sus semillas son pegajosas y a veces se prenden al tronco del árbol, donde germinan; cuando algunos animales salvajes son heridos, se frotan contra los tallos de las clusias hasta que fluye el zumo que les cura

la herida. Hay citrosmas, cleomes medicinales y ornamentales, más de mil especies distintas de melastomatáceas; rubus o zarzas, el famoso ruibarbo (poligonácea) tan apreciado en medicina, caña-fístula, ambaibas, flor del aire (tillandsia zebrina), epífita que crece sobre los árboles con hojas en bellos flecos; ranúnculos, berberís o agracejos, muchas especies de ericáceas, palmitos, afelandras, lupinus, pictas y las famosas palmas de cera (ceroxylon andícola) que se levantan hasta 70 metros de altura, como columnas de marfil veteadas de oscuro, de hojas de 8 metros, madera inalterable y cuya cera se emplea para hacer bujías.

Los principales ejemplares de la selva amazónica propiamente dicha son las siguientes⁴:

Maderas ⁵. En los terrenos firmes es donde se encuentran las maderas de mayor duración, resistencia y belleza; éstas se distinguen de las de las regiones pantanosas por su leño más compacto y desarrollo más lento. Para la construcción civil y naval y carpintería se encuentran, entre otras, las siguientes especies, principalmente en el alto Amazonas:

El «palo de fierro» llamado por los naturales de Chanchamayo «tornillo caspi» y por los brasileños «ibiritea», de madera casi negra y tan compacta de grano que con ella fabrican los indios sus hachas de combate; son árboles que para ser destruidos en la montaña requieren la dinamita; el «palo de perro» por cuya dureza se emplea en el Huallaga para cilindros de trapiche; quillu-moena, llamado así por los indígenas por su color amarillo: ambos son de una madera que se labra fácilmente y de gran duración y la última de un olor muy agradable; el bellissimo ébano, tan usado para muebles de lujo por su dureza, su peso, su color oscuro y su estructura compacta, susceptible de hermoso pulimento; la caoba, árbol muy alto, de copa muy extendida y densa y cuya madera, casi negra, hermosamente vetada, de grano compacto y duradero, también es muy apreciada para la fabricación de muebles finos; de la misma familia es el cedro (cedrela-odorata); estas maderas de tanto valor y aprecio en los Estados Unidos y en Europa son las más empleadas para la fabricación de canoas de los indios; el conocido y duro guayacán; la jacaranda, más preciosa que la caoba; los hermosísimos árboles de sapucaias de 45 metros de altura y que en la montaña se ven sostenidos por arcos naturales, los cuales brotan a unos 3 metros de la base y se reúnen a una altura de 10 metros, se arrollan alrededor del tronco, como hilos de una columna torneada, en cuya base se abre un ramillete de caprichosos vegetales que las parásitas coloran de un amarillo intenso, o de púrpura y de blanco de nieve. El «oro prieto» madera de un negro brillante y más dura que el hierro; las varias clases de ita-uva, pesadas y propias para las construcciones hidráulicas pues mientras más humedad haya en los lugares donde se emplee, más tiempo se conserva: de ellas la mejor es la de color chocolate,

⁴ Usamos los nombres regionales, sean peruanos, ecuatorianos o brasileños, y sólo les anotamos la clasificación científica a aquéllos que se las conocemos.

⁵ Agnello Bittencourt en su Corografía, la obra titulada «Breve noticia sobre a collecao das madeiras do Brasil» y «Mattas e madeiras amazónicas» del doctor Huber, traen unas larguísimas listas de maderas con sus nombres, regiones y clasificación científica, pero creemos innecesario reproducirlos porque no dicen nada de sus propiedades, etc.

usada en el Perú para durmientes de ferrocarril con duración de 30 o más años; el manche, especial para la construcción de embarcaciones; un árbol que llaman barrigudo, cuya base mide unos tres metros y medio, se ensancha después y termina en un eje agudo que sostiene una sombrilla horizontal de hojas y su corteza es rojiza y luciente, tachonada de tubérculos grises; el bombax, de soberbia altura, de tronco blanco, liso y derecho erizado de agudas espinas cónicas muy duras ; los majestuosos cautivos, cuya cúpula rosada domina a todos los árboles vecinos, dan frutos parecidos a pequeños tazones donde están dispuestas hileras de castañas y cuya madera de un bello color violeta pálido, se usa para construcciones navales. Las cesalpinas (ibirapitanga en el Brasil) muy escasas y cuya especie va desapareciendo ya con el paso de los leñadores; la ingaina, de la cual hay muchas especies, es de gran duración y fácil para labrarse; chontaquiro; el chimicui, cuyo fruto del tamaño de una cereza bien grande y de color rojo, es muy agradable; la ropilla, de madera muy fuerte y durable en los lugares secos, pues en la humedad se pudre pronto; la ismamoena, que despidе un fuerte olor exacto al del excremento humano; la seogue, poco usada por su excesiva dureza para labrar; sacha-layo, clavo-caspi, corazón negro; shaguinto, de madera y fruto muy parecido al del guayabo, es el alimento favorito de la danta; casha moena amarilla con vetas negras, magnífica madera de construcción y por su fácil labranza muy propia para carpintería; alfarо colorado, que aunque de madera fuerte es poco usada para labrar por los nudos que presenta cada dos o tres metros y su corteza cortada en trozos longitudinales y prendidos por la extremidad, arden con una fuerte llama hasta concluirse, lo que hace que los naturales la usen como alumbrado, sirviéndose de ella como de velas; urco-moena, fuerte, de gran duración y fácil de labrarse; fuchí, madera delgada, dura y elástica, útil para la fabricación de muebles de madera arqueada; pato-moena, muy buena madera y de gran duración: las hay blancas y amarillas, árbol muy semejante por la hoja y el fruto al aguacate, aunque no es comestible; remequiru, fuerte y dura; itil; rifari, de un brillo especial; espintana, preciosa por su jaspe, por la disposición de sus fibras y por su elasticidad; cedro-moena, de fuerte olor a trementina; huacapú, muy fuerte; capirona, tan fuerte que se petrifica en el agua, se usa especialmente para leña de los barcos; lorochungo árbol corpulento de madera de color amarillo, muy fuerte y pesada, que resiste a la acción corrosiva del fango por muchos años y que en terreno seco dura mucho más; charapilla-caspi, madera poco pesada que pulida presenta caprichosos dibujos de variados colores, lo que la hace muy apropiada para enchapados; la bellísima madera de huito, poco pesada y elástica y tan blanca que pulida parece marfil, por lo cual se emplea para muebles de lujo y para teclas de piano; su fruto tiene la propiedad de que comido en ayunas cura las enfermedades bronquiales y es bueno para la tisis, para la que es aplicada mucho por los indios; y cuando ese fruto no está aún maduro, lo usan los indígenas para pintarse de negro la cara y el cuerpo, con un tinte que resiste a la acción del aire y del agua muchos días, haciéndolos, mientras tanto, invulnerables a las picaduras de insectos; estoraqui, quinital, quillabondón, el corpulento roble, marona, pona, lagarto-palo, palo peruano, cocobolo, palo rosa, laurel y puchury (noctandra puchury) aromática y estimulante, de la cual se exportan grandes cantidades.

Palmeras. — La floresta del Amazonas se caracteriza por la ausencia de las coníferas, pero en cambio hay una variedad extraordinaria de palmeras, de bellísimas formas, útiles para variadas industrias y de múltiples aplicaciones: de todas ellas, citaremos aquí unas pocas solamente.



Trocha en la selva amazónica
(Fot. G. Arboleda)



En las márgenes del Putumayo



Colosal tronco de un cedro amazonense

La hermosa de assay, muy codiciada por los amazonenses por su pulpa alimenticia y porque segrega un jugo con el cual fabrican un vino violeta oscuro de gusto aromático; en la parte brasileña del Amazonas está prohibido derribar estas palmas, como lo hacen en la parte peruana para aprovecharlas con más facilidad. Las leopoldinas, de las cuales hay cuatro especies (*L. maior*, *L. pulchra*, *L. Menor*) y la piassaba de 7 a 12 metros de altura de que ya hemos hablado entre las maderas; es planta textil, pero la labor de descabellar sus fibras — que la revisten en toda su longitud desde los peciolos al pie del tronco — es muy ardua para los indígenas por su excesiva dureza y porque a su aspereza debe añadirse que en ella anidan preferentemente las arañas, lagartos, serpientes, alacranes y ciempiés; el nativo pasa de sol a sol metido en un pantano, con las manos y la cara lacerados por el difícil desenmaraño de las fibras que es preciso arrancar del vegetal y siempre bajo el terror del bicho entrometido en esa greña, con el diente o el agujón listo y ponzoñoso. La chambira, muy abundante en el alto Amazonas, de la que se obtiene la fibra del mismo nombre, empleada para la fabricación de diversos objetos como hamacas, sogas, cables, etc., por su gran resistencia y por la longitud de la fibra, no igualada por ninguna otra.

La taima; el aguaje que crece en los pantanos y cuyo fruto astringente es muy apetecido; los varios géneros de *mantias*, como la *aculeata*, la flexuosa, la *gracilis* y la *pumibe*; la *guikielma* y sus variedades flava y *caccinea*, la *pachiuba* de raíces llenas de espinas en forma de pedestal cónico; las *geonominas* con hojas paripinadas y plegadas hacia abajo; las martinias, con raíces adventicias que hacen de zancos; el *patauá* con las palmas dispuestas en forma de abanico y muchas otras.

Por último, mencionaremos las raras y lindísimas bacabas cuyas ramas parecen varillas de coral matizadas de verde y las siguientes que enumeramos con los nombres que les dan los brasileños, por ignorar su clasificación botánica: bussú, inajá, janary, marajá, mumbaca, murumurú, paxiuba, pindola, ponunha, tucum, tucumanú, nauassú, urucury, ubim, jacyné, jará, etc.

Textiles. — Entre las múltiples plantas textiles del Amazonas, existen en estado agreste las siguientes : el henequén que es de todas las del grupo una de las que más se pueden explotar en escala comercial por su fibra larga y resistente, con la que se fabrican cordeles y sogas; la chambira de la que ya hemos hablado; el kapok o huimba de grandes aplicaciones en la industria y en la medicina; y además, las que en la región son llamadas: curauá, pita, uaicina, embira, monguba, uambé, mirity, aninga, matamatá, sumauma, tucuman, cipoassú, caranay, jacytara, tanary, tucum, turury, jatibá; la curuá muy bundante, la monguba de filamentos sedosos y extraordinariamente livianos y por último, los guayatás de diversas especies que se encuentran en toda la región, aún sin explotar.

Algunos ejemplares de esta riquísima flora merecen un detenido estudio, por lo cual hablaremos de ellos más adelante al referirnos a las regiones donde se hallan en mayor abundancia o donde se explotan con más intensidad; el caucho y las muchas especies de gomas serán materia de un capítulo especial cuando nos refiramos a las plantaciones del río Tapajoz; la castaña en el bajo Amazonas y otras especies curiosas o raras irán apareciendo en el curso de estas páginas.

Aquí sólo nos detendremos en dos especies interesantes y absolutamente características de

la hoya amazónica: las lianas y parásitas y la victoria regia.

Lianas. — La abundancia de lianas, entrelazando la arboleda, forma en muchos casos una red compacta, como si no bastase el enmarañado de los ramos, que hacen más sombríos los bosques. Son las plantas que más llaman la atención del viajero por su singularidad: como una especie de mimbre, se ven en las regiones cubiertas de selvas; suben serpenteando en los árboles y arbustos que encuentran y trepan a sus más altas ramas, sueltan hilos que caen perpendicularmente y se introducen a la tierra en donde echan raíces, para elevarse de nuevo, subiendo y descendiendo alternativamente. Hay filamentos que son llevados oblicuamente por el viento o por otra causa y se fijan a los árboles cercanos, para formar una confusión de cuerdas colgantes y tendidas en todos sentidos, que ofrecen a los ojos la artificiosa red de maromas de un navío; algunas se extienden en longitudes de más de una legua. Así es, por ejemplo, la hipecacuana y otras de un olor especial a ajo y las hay también que matan el árbol a fuerza de oprimirlo. Y a través de esa confusión de árboles corpulentos, se tienden las guirnaldas de lianas y bejucos, cuyas flores exquisitas salpican de puntos brillantes el fondo azulado de la montaña.

Además, la enorme acumulación de hojas y ramas muertas en putrefacción y la espesa capa de humus resultante, no permiten la vegetación sino a plantas saprofitas⁶ o a parásitas de la parte inferior de los troncos arbóreos o de sus raíces aéreas. Pero esta vegetación heterotrofa⁷ adquiere especial desarrollo y presenta curiosas formas, pertenecientes principalmente entre las saprofitas a las familias de las burmanniáceas, piroláceas y gencianáceas y entre las citadas parásitas a las de las rafflesiáceas y a las balanoforáceas.

De orquídeas epífitas (no parásitas como vulgarmente se les llama), hay en el río Amazonas y sus afluentes una infinidad de especies, muchas de las cuales son desconocidas en el resto del mundo, en donde se compran a precios fantásticos, ya que en estos bosques están protegidas por el exceso de humedad en el ambiente y su disseminación es fácil mediante el viento y los animales arborícolas.

Enrolladas en las ramas de los árboles o suspendidas en un simple hilo, ondean en el aire sus pétalos multicolores y caprichosamente recortados; los tallos de estas bizarras flores, algunos de más de un metro de largo, y tan tenues que no se ven a alguna distancia, da a aquéllas la apariencia de colibríes y de mariposas suspendidas en el aire.

Entre las orquídeas merecen mención especial las oncidium, loelias, cattleyas, miltonias, maxillarias, catasetum, coryantes, brassavolo, etc.

Los múltiples haces de sarmientos, las lianas en nudos inextricables y el follaje rígido y

⁶ Plantas que se alimentan de sustancias orgánicas en descomposición.

⁷ Así llama el botánico Warming a las plantas desprovistas de clorofila que necesitan vivir a expensas de sustancias orgánicas.

lustrado, revisten de un espeso manto el tronco de los árboles que más tarde han de sofocar. De cuando en cuando, un grupo de ficus sobre un pedestal de raíces semejantes a las columnas acopladas de una basílica gótica, semejan llevar sobre sí el peso de la inmensa cúpula verde extendida en el espacio. Un fresco olor de vegetación y de hierbas húmedas, al cual se mezclan aromas desconocidos, flota en el aire ambiente.

Epífitos genuinamente amazonenses, por lo menos hasta ahora, y formando categoría especial, son las «plantas de los jardines de las hormigas» y especialmente la conocida y celeberrina tracuá (*camponatus*) de la cual hablaremos en la fauna.

Seudo bejucos existen, entre muchos otros, los tiriricas y los taboquinhas, de los géneros *scleria* y *panicum*, algunas especies de *pipervermonia* y la mayoría de las micánias. Plantas trepadoras por medio de raíces existen, además de las vainillas y begonias, las *cyclantáceas*, las *carludovic* (*timboassú*) que son trepadoras que se adhieren a la corteza de los árboles, las *cecropias* y las especies epífitas de *ludovia*, de las *aráceas*, de las que hay muchas del género *antfiurium*; ejemplares de trepadoras terrestres, como epífitos de los *heteropsis*, *syngonium*, y *monstera*; y en los *marcgravaváceas*, de las cuales unas son trepadoras y otras no pasan de simples arbustos epífitos.

Verdaderas parásitas fanerógamas son las *lorantáceas* con variadísimas flores en árboles y arbustos de las márgenes de los ríos, así como se ven muchas parásitas sobre las raíces de varias plantas de las selvas de poca luz.

Como especies características de bejucos sólo citaremos en este lugar, el colofilio brasileño, el *noctandra* amazonense, la *piranea trifoliata*, diversas especies de *vacunas*, la *acacia* *polifila*, el *macrolabium acaciefolium* y los árboles de raíces estrambóticas que semejan troncos entrelazados.

El matapalo

Sin duda alguna la Amazonia es la región del mundo que posee mayor número de parásitas, en forma de yerbas y de musgos las unas, de lianas o bejucos y de arbustos, las otras: enlazadas, enroscadas, se confunden para tejer alfombras y tapetes, para formar festones o semejando escobas y flecos, se abren en perfectos quitasoles en los recantos de la floresta. Ya hicimos ver la lucha cruenta de los vegetales y entre estos luchadores se destaca el matapalo (*ficus fagifolia*), que los brasileños llaman *apuhiseiro*, símbolo de los ataques silenciosos en batalla tan feroz como callada con los más vigorosos representantes de la selva. Es un pulpo vegetal que no se limita a succionar a la víctima como improvisado vampiro verde: aprisionala, enrollase a ella con millares de tentáculos, la amortaja, florece y se desgaja triunfalmente.

Quien navega por aquellos misteriosos ríos, acostumbrado a la clorofilia autóctona que matiza de infinitos verdes los árboles y las hierbas, los arbustos y las matas, desde el claro azulado hasta el casi negro, no se admira de las cuerdas de esmeraldas distribuidas en cortinas ondulantes y en majestuosas sombrillas de la floresta: lo que hace admirar, sea al sabio avisado o al observador desprevenido, es la forma, el modelo, el hecho desigual y contrastante de las hojas nacidas de un mismo tronco, como si la naturaleza irónica y satírica se divirtiese en injertar en un mismo cuerpo familias extrañas: vence, por ejemplo,

despuntando de un tallo, legiones desmedidas de palmáceas y láminas minúsculas de moráceas, en el hibridismo sensacional de los cruzamientos monstruosos. Es el matapalo En las franjas ribereñas, húmedas y fofas, donde las corrientes aéreas esparcen el polen fecundante y distribuyen las simientes germinativas, se encuentra comúnmente: de 6 a 10 metros de altura, copa frondosa, tono verde botella; sobre la cimera de su bóveda de mudo follaje, brillante y densa, deja ver en ocasiones la verde pluma ajena del urucury (attalea excelsa).

Para darse cuenta del fenómeno, que más parece ilusión óptica, es necesario inquirir, examinar, confrontar éste y otros casos y entonces nos daremos cuenta, con angustia y espanto, de la evolución de aquel proceso torturante y las aberrantes etapas de aquella parábola fúnebre, principalmente en los árboles más pequeños, víctimas predilectas y oscuras de la famosa parásita. La primera fase de esa tragedia silenciosa apenas permite entrever el drama tenebroso que se desarrolla sin esfuerzos ni ruidos ostentosos. Cada célula microscópica, en la estructura de su tejido, se amolda en una boca sedienta. El matapalo, de reducido tamaño, al brotar de la corteza, de la rama, del nudo o de cualquier parte del árbol donde la tierra venida no se sabe de dónde y llevada por los alisios y por los pájaros, encuentra formando un vaso pequeño de madera viva, se asemeja en su comienzo a cualquier ramito inocente, obra ornamentada y decorativa de jardinería japonesa. Transformado en arbusto, aparentemente débil y sin la menor importancia, el peligroso enemigo no deja adivinar el tremendo rigor de sus antenas, la acción envolvente y compresora de sus hilos maravillosos y estranguladores. Creciendo verticalmente en el flanco del individuo vegetal al cual se agregó, con la cabellera hacia lo alto y las raíces hacia abajo, se estira hasta que las raicecillas se sumergen en el suelo. Entonces, además de la savia del árbol, que bebe con avidez, se alimenta con la humedad reconstituyente de la tierra. Vigorizado y preparado para el duelo a muerte, desdobla sus órganos, los amplía y los multiplica; las fibrillas y los filamentos se extienden y engrosan al mismo tiempo que la parásita toda se perturba de trompas y se cubre de colas. Pegada a la corteza, semejante a minúscula placa parda, recuerda la silueta ruda de una fiera desesperadamente atracada a cualquier tronco. Siéntese internamente, como si un choque fluido nos transmitiese la fuerza, la contracción vigorosa del apretón sofocante con garras penetradoras. Al correr de los días aquella placa se desdobla, crece y parece una rienda bárbara, de tejidos gruesos, urdida longitudinalmente en el fuste del árbol; después esa rienda comienza a crear gajos, fibras que procuran envolver la circunferencia del tronco, hasta que cerrado el círculo esos débiles filamentos se engruesan y se transforman en cuerdas resistentes. Con el transcurso del tiempo no se sueltan más los anillos que marcaban en el tallo primitivo y ahora sumido, las palmas y los gajos caídos. La coraza vegetal, como ar madura fantástica, envolvió todo el cilindro con el nuevo caparazón de centenares de arterias y de nervios que se unen y se cruzan en las articulaciones de un tejido original. En lo alto, en la fronda abovedada de ramas, cuando el sacrificado fue el urucuseiro, asoman aún algunas palmas enormes, fugitivas señales del individuo emparedado. Sorbido, chupado, exprimido por el formidable matapalo, el pobre árbol va poca a poco muriendo estrangulado en aquel siniestro abrazo y vencido por fin, desaparece y deja la morácea diabólica, verde mortaja de la amazonia, revestirse totalmente de despojos. El cadáver se pudre y el sudario reverdece inmortal. Sin embargo, no es solamente el pueblo de las palmeras la víctima del ficus fagifolia. Los grandes representantes de la selva, de troncos desmedidos, de sombrillas como cimborios de varillas metálicas e impenetrables, en cuyas durísimas fibras se amella

el filo del hacha, lo sucumben igualmente bajo la corteza asfixiante. El cumaruzeiro, de los más vigorosos y de los más altos, de mayor porte y de mayor resistencia, émulo del hierro que sacude la cabellera revuelta muy por encima del océano de verdes ramas y perfuma con el aroma de sus simientes el ambiente húmedo de la selva, príncipe negro de los bosques, no resiste el ataque. Armado en defensa, comprimido, apretado por el corset luciferiano, chupado por millares de ventosas que son bocas y son bombas, el Hércules de la selva agoniza, perece, se seca y enflaquece en los lienzos horripilantes de aquel envoltorio. Féretro y epidermis al mismo tiempo, por allí palpita la materia del cadáver devorado.

Trama compresora de brazos y gargantas, se asemeja al cefalópodo de los piélagos profundos. Ropaje botánico que distiende en curvas como las llamas abrasadoras de una hoguera o cual las serpientes de Laconte, como si las formas ofídicas de la corteza fuesen la señal y aviso de un estigma.

Con un machete se podrían despedazar los tentáculos y cortarlos; pero bastaría dejar un pedazo minúsculo de filamento capilar pegado al árbol, para que en renuevos acometiese el verdugo de nuevo a la víctima, que no se salvaría. Como el pólipo, viven generaciones en un solo cuerpo, en una sola parte, en un solo intersticio: todo es vida por pequeño que sea el residuo; es la solidaridad del infinitamente pequeño, esencial, elemental, inseparable en la república de los embriones. El que queda es siempre suficiente para revivir, se reproduce con facilidad en la precipitad latente e irrefragable de progresar siempre.

Quien se acerca a un recanto de la selva donde ha dominado el matapalo, sólo verá una extensión sombría, carente de toda vegetación y de toda señal de vida y un aterrador conglomerado de pequeños troncos cónicos de pocos decímetros de altura y de un negro profundo, como si un incendio devorador e implacable lo hubiera arrasado inmisericordemente.

La multitud parasitaria de la flora amazónica tiene en el matapalo su más alto símbolo.

La Victoria Regia

La victoria regia (*euryale amazone*) es una de las más grandes maravillas del Amazonas, por su belleza, por ser especie única en la geografía botánica mundial y, sobre todo, por sus colosales dimensiones.

Los quechuas la llamaban atunsisac (la gran flor); los indios del alto Amazonas la conocían con el nombre de iapuna-uaopé (iapuna es la paila que les sirve para sacar la fariña, y uaopé es un pájaro que frecuentemente se para en esas hojas para comer sus insectos); en la región brasileña del bajo Amazonas la distinguen por juruparyteaña (anzuelo del diablo) por la gran cantidad de espinas que tiene y en guaraní se llama irupí (plato de agua). Esta hermosa planta que la leyenda ha convenido en llamar «estrella de las aguas», fue hallada por primera vez por el botánico Haencke en el río Mamoré; también fue encontrada por d'Orbigny sobre el Paraná, por Poeping en una quebrada del Amazonas, por Schomburky en la Guayana inglesa y, finalmente, en uno de los tributarios del Mamoré por el naturalista inglés Bridges, quien la clasificó en el año de 1645 y le dio el nombre de Victoria Regia en

honor de su reina.

Este soberbio espécimen de la caprichosa flora regional es una ninphea de gigantescas hojas de dos metros de diámetro con un peso mínimo de catorce libras cada una, de un suave verde que contrasta con el tono rosa vinoso que orla sus bordes. Las flores, cuyos pétalos miden de 20 a 30 centímetros, son de un blanco lechoso en el exterior y rosado en el interior y están ribeteados en el centro con un tinte uniforme violeta oscuro; cada flor, que semeja una colosal magnolia polipétala, mide un metro con cuarenta centímetros de circunferencia y pesa tres libras y media: parecen pertenecer según algunos botánicos, a una flora antdiluviana. Los pedúnculos de las flores están erizados de espinas de 8 a 10 centímetros de largo. Las hojas permanecen retenidas al fondo del agua por peciolos espinosos del grueso de un cable y muy duros; éstas son perfectamente lisas por encima, pero por debajo están divididas en compartimientos muy regulares tapizados de espinas. Erizados y corpulentos pedúnculos emergen de la encorvada mole taciturna y sustentan los tálamos de los voluminosos botones, también recubiertos de agudas espinas. Esa riqueza protectora de las ninfeas se concentra en los achatados cálices, desciende por las largas cuerdas de tallos, sube por los robustos peciolos y se esparce en las costillas oscuras de las hojas, incitando sus vigorosas nervaduras.

Viven en los afluentes o en los remansos tranquilos del Amazonas, cubriendo a menudo millas enteras de superficie e interrumpiendo algunas veces la navegación, en una profusión eterna de hojas y flores que se abren temblorosas al beso vivificador de las auras tropicales.

El espectáculo que presenta la Victoria Regia es el de una suprema glorificación de la belleza; con sus hojas cual dilatados círculos verdes, corrugadas y bruñidas que descansan como desmesuradas manchas de clorofila coagulada sobre las aguas apacibles. Sobre ellas duerme el boa, las garzas perezosas descansan compitiendo su blanco traje nupcial con el armiño de las ninfas y las aves despliegan sus alas y reposan sobre la esmeralda de las grandes bandejas pulidas; en el aire embalsamado por un perfume agreste que recuerda el del durazno, las atontadas mariposas tejen la trama sutil de sus vuelos inciertos sobre la gloriosa reina de la flora amazonense.

Terminamos esta pobre descripción de la flora general, con la leyenda de los amazonenses sobre la Victoria Regia:

Al decir de los tuchauás, esta augusta flora es el alma apasionada de una enferma amorosa, que murió sofocada por sus insatisfechos deseos.

En el comienzo del mundo, en el seno de la primitiva tribu, contaban los viejos adivinos, señores de los secretos de la naturaleza, que, de mediados del año en adelante, en el período masculino de la luna, cuando ésta se escondía en el horizonte, aparentando descender a espaldas de las sierras, cohabitaba con las venturosas vírgenes de su predilección con un placer tal que, al decir de los narradores, el lenguaje humano no podría describir.

Pero sucedió que la moza Nayá, hija del venerable jefe y princesa de la tribu, de epidermis clara y cabellera más rubia que una espiga de maíz joven, se impresionó con la sugestiva fantasía de aquellos deíficos amores.

Por eso, en medio de la noche, cuando el sueño cerraba la vida de la taba y la erótica divinidad simulaba tocar en las lejanas cimas de la serranía, la loca princesa trepaba a las montañas, impaciente de sumergir el alma en aquella caricia luminosa, tan ensalzada por los convincentes ancianos.

Afirmaban ellos que la diosa hermafrodita, con el radioso soplo de sus besos, convertía en luz el cuerpo de las vírgenes predestinadas, apagaba el tinte rojo de su sangre y evaporaba sus rosadas carnes.



Hojas de -Victoria regia-

Y huía después llevando a los afortunados amantes, en abrazos voluptuosos, chupándoles la vida para dejarlas, así desmaterializadas en los lechos nupciales de las nubes elevadas.

En esta forma iban naciendo las estrellas del cielo.

Nayá ansiaba trocar su grosero vivir terreno por aquella divina y sempiterna vida eterizada. Mas la realidad la desilusionaba constantemente: al vencer cada otero, ya el perseguido y ansiado novio se sumergía en otra colina, más fascinador, pero siempre fugitivo a su enfermiza pasión.

Ese mal, lánguido y sutil, enflaquecía a la suspirante y aniquilada moza. No hubo filtros, destilados por manos milagrosas de sabios brujos, ni sobrenaturales sortilegios de elevada magia, capaces de curarla de esos mórbidos anhelos, de otro modo tolerados, por la superstición de que el astro accediese a los locos arrobamientos de aquella demencia amorosa.

Y así vivía esa joven histérica, vagando en las noches de luna, dilacerándose por la maleza, riendo a carcajadas en los declives que le permitían ver a su amante y sollozando amargamente cuando la selva se lo ocultaba.

Cierta noche, cuando la sombra de la insania más le nublabla el oscuro entendimiento, vio en el espejo de un lago, feliz y tranquilo, la imagen blanca del pálido bien amado, chispeante de luz. Tiróse al piélago iluminado, revolviéndose en agónicos paroxismos.

Por semanas enteras la gente de la tribu golpeó, inútilmente, los negros arcanos de las selvas que circundaban la taba.

Los dioses salvajes, entre tanto, eran buenos y agradecidos. La luna, que generó las aguas, los peces y las plantas acuáticas, quiso recompensar el sacrificio de aquella vida virgen: rehusó colocarla en el firmamento, más la hizo «estrella de las aguas» y transformó el lirio de aquella alma en esa soberana ninfea.

Y cuando hizo nacer del blanco cuerpo de la infeliz amante la planta misteriosa, desdobló su alma en la gran flor perfumada y la erizó de espinas para defender a la demente doncella. Después, como complemento de tan justo premio, dilató cuanto pudo la palma de sus hojas, para mayor receptáculo de los destellos de su luz amorosamente reconocida.

Por la noche, Nayá se desnuda, desata el ropaje revoloteador de sus largos pétalos, para recibir, en el tálamo de las aguas mansas, los besos opalinos del luminar del cielo.

Si es bella esta leyenda indígena, es hermosa la actitud de Haencke, quien al conocer la Victoria Regia se postró de rodillas y entonó con entusiasmo un Te Deum al supremo Hacedor de tanta belleza, de ese poema triunfal de color y perfume, que cantará eternamente en las clasificaciones de la grandiosa flora del Amazonas.

(Continuará)



Revisado por: FEPP